

# Los retos de América Latina

**El principal** reto de los países latinoamericanos consiste en reconstruir un espacio efectivo de coordinación que les permita enfrentarse a las cuatro principales amenazas que afronta la región: el cambio climático, las desigualdades sociales, la corrupción y la regresión autoritaria.

Para ello es imprescindible la aprobación de una Agenda común de temas concretos que justifique la institucionalización de la integración regional. Esta Agenda, además de las amenazas mencionadas, debería contemplar: 1) La regulación de una inmigración ordenada; 2) Obras prioritarias de conectividad vial, ferroviaria y energética; 3) La recuperación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID); 4) Colaboración en cuestiones de seguridad pública y de seguridad ciudadana; 5) Medidas para favorecer la cooperación entre empresas de la región; 6) Regulación regional de la actuación de los grandes monopolios tecnológicos; y 7) Un proceso definido hacia una futura integración monetaria.

A pesar de su incorporación temprana al grupo de países que se establecieron como Estados nación al calor de las revoluciones liberales, los países latinoamericanos siempre han tenido dificultades a la hora de definir su papel en el mundo. En un principio fue decisivo el hecho de estar asentados en un espacio geográfico marginal, inmersos en pautas de debilidad institucional y dificultados a la hora de lograr un mínimo de integración social en el variopinto calidoscopio étnico que lo conformaban. Además, se daba el acoso del expansionismo norteamericano. El siglo XX provocó que estos aspectos se agudizaran en un panorama en el que el gran conflicto

planetario que se extendió entre 1914 y 1945 resultara ajeno en gran medida.

El desarrollo del Estado populista y, en menor número, de formas cleptocráticas de dominación autoritaria fue una nota dominante que culminó en un periodo de revoluciones y de golpes militares que definió el tercer cuarto de siglo. América Latina se sumó a la tercera ola democratizadora y a partir de entonces fue un hecho la integración de buen número de países en el seno de los que defendían patrones articulados en torno al eje definido por los valores del liberalismo y la socialdemocracia. La incorporación de algunos países latinoamericanos a la

OCDE, la firma de acuerdos de libre comercio, el activismo en el ámbito de los derechos humanos y de la justicia transicional, en fin, el establecimiento, salvo en un mínimo número de países, de pautas democráticas a la hora de elegir a las autoridades y de expansión del Estado de Derecho definen el estado actual de las cosas.

Una mirada a ello supone llevar a cabo una evaluación, de acuerdo con criterios rigurosos de medición, del estado actual de una democracia que sufre ataques constantes y relevantes. Si bien persisten diferencias notables entre los países, se pueden

dibujar al menos cuatro grupos en función de la calidad tanto de las instituciones políticas como del rendimiento de las acciones de los gobiernos -con Uruguay, Costa Rica y Chile a la cabeza y Cuba, Nicaragua y Venezuela a la cola- hay tres elementos que se extienden de forma significativa en toda la región en un marco de propagación generalizada de la sociedad digital: la crisis de algunas de las formaciones políticas clásicas; la exacerbación de una política

*El principal reto actual de los países latinoamericanos es reconstruir un espacio de coordinación que les permita enfrentarse a sus principales amenazas: el cambio climático, las desigualdades sociales, la corrupción y las involuciones autoritarias.*

basada en individuos que son candidatos singulares en un marco presidencialista que favorece la aplicación de campañas electorales basadas en técnicas publicitarias populistas, y la expansión, como ocurre en otros lugares, de la polarización afectiva.

En este escenario merece especial atención el papel que desempeña la Justicia. Es una constante la existencia de una continuada política que favorece la designación de operadores de justicia interinos con procesos opacos de nombramiento, así como el uso recurrente de la persecución penal con fines políticos.

En el maridaje que se da entre economía y política es posible que la corrupción explique buena parte de la ineficiencia y baja productividad del sector público de los países latinoamericanos. Como mecanismo de enfrentarla se ha creado una estructura estatal burocratizada, inundada de abundantes regulaciones, procedimientos y normas, capturada por una obsesión no con los resultados sino con respecto a los procedimientos. En ese mundo, los funcionarios y políticos predispuestos a la corrupción encuentran oportunidades de materializarla, mientras que los honestos restan fluidez a la acción pública, escudriñando hasta el último extremo las regulaciones para asegurar no ser sujetos de cuestionamientos. La corrupción de unos y el temor de otros, resulta en la mala asignación de recursos y en la ralentización del funcionamiento del Estado, respectivamente. Esto afecta directamente de forma negativa la productividad de los presupuestos públicos e, indirectamente, la productividad de la empresa privada, la calidad de vida de los beneficiarios potenciales de la política social y, en general, los costos de las transacciones a todos los niveles.

En el orden internacional se considera a América Latina como parte del conjunto de Estados que sigue apostando por el multilateralismo, la democracia y los derechos humanos como base de una convivencia internacional basada en normas y valores como la igualdad soberana, la no intervención y la defensa de los Derechos Humanos. Pero esa comunidad, que se denominó con el vago apelativo de Occidente, se

ha ido desdibujando a partir de un creciente cuestionamiento de los fundamentos en los que se basó el orden internacional heredado del siglo XX.

América Latina es también concebida como parte del denominado Sur Global, un concepto que bebe del pensamiento postcolonial y que se posiciona como antagónico al statu quo del dominio de las potencias tradicionales. Y, por lo tanto, contrapuesto a Occidente, como exponente de ese pasado de dominación. Esta dinámica genera tensiones que dificultan la inserción internacional de la región y condicionan las potenciales alianzas. En el contexto internacional la región no logra constituirse ni como una entidad con una voz propia, ni definir con claridad sus intereses en un marco de profunda disparidad. La reciente reunión de los BRICS, donde Brasil desempeña un

papel relevante, ha dado oportunidad para que la candidatura de Argentina pueda ser considerada, a expensas de lo que pueda suceder en las próximas elecciones presidenciales. Por otra parte, su eventual integración evidenciaría la división existente en la región. Complementariamente, la autonomía de América Latina se alza como un reto de dimensiones colosales ante el avance de la confrontación entre Estados Unidos y China con el trasfondo de la

guerra en el este de Europa.

Otro aspecto de índole diferente, pero que sin duda es relevante para la sociedad española se refiere al nexo establecido entre América Latina y España a través de la población inmigrante asentada en esta última a lo largo de las últimas tres décadas y que ha sido uno de los factores más determinantes para la configuración del presente. En un contexto de muy baja fecundidad, la población general en España ha seguido creciendo. Al tratarse de población mayoritariamente joven, al aporte directo de la migración -primera generación de migrantes- se añade una importante contribución en cuanto al número de nacimientos -segunda generación-. Esta combinación está teniendo un papel muy destacado en la dinámica poblacional española, atenuado el proceso de envejecimiento de la sociedad española en su conjunto. **TEMAS**

